

## Felipe Benítez Reyes

Hace algunos meses, me vi obligado a revolver las estanterías en que almaceno las revistas literarias para la preparación de una conferencia. Me reencontré con los números iniciales de la gaditana *Fin de Siglo* que en 1982 (hace más años de los prudentes) comenzó su andadura bajo las órdenes de Francisco Bejarano y Felipe Benítez Reyes. De aquellos números, recuerdo un artículo que incidía en los rasgos de estilo que, según aquellos y otros jóvenes escritores, marcaban los párrafos de la nueva generación de poetas y novelistas que ya hacían sólida su voz frente a -nunca contra- los predecesores cultistas de los años setenta a quienes leían, respetaban, pero ni imitaban ni seguían.

Quizás por motivos de edad juvenil, quizás porque yo había emprendido una búsqueda estética que ni sabía iniciada, me encontré con aquellos consejos, casi un corolario, que hablaban sobre la claridad del texto, la huida de la frases hechas, el ahogo de la tentación de los juegos de palabras y el esfuerzo de comprender la escritura como una obra original con ánimo de comunicación del sentimiento, que se elabora con materiales conocidos y reconocibles a los que el uso no evita que se puedan volver a modelar como si fuesen nuevos.

Fueron aquellas revistas las que me encaminaron hacia la búsqueda de Felipe a quien primero descubrí como poeta y al que, sin embargo, tardé en leer y comprender como novelista. Por supuesto, esa misma voluntad de estilo sobre la que se articulan sus hemistiquios se puede aplicar a sus renglones. Cincelados en cada una de sus novelas o relatos, con frases que a cada línea sorprenden al lector, más que por la rapidez descriptiva, por la profundidad del pensamiento de la voz que conduce a sus personajes a quienes, como ya he dicho antes, tardé algún tiempo más en comprender que a sus poemas.

Para ilustrar el método por el que descubrí que admiraba tanto al Felipe novelista como al poeta me sirven tres oraciones, con ánimo de sentencia, extraídas de su último libro de relatos que hoy aquí nos convoca, *Cada cual y lo extraño* y que querría usar esta tarde.

*Comprendí que la vida no está fuera de uno mismo. (p.164)*

Unas navidades me emborraché tanto que decidí irme a Rota. Ya se sabe. Hay noches en que la melancolía de lo que no hemos vivido nos lleva a cometer actos sin mucho sentido. Me encontré con Felipe al día siguiente y he querido convertir en costumbre ese triángulo de melancolía, borrachera y Rota, aunque muchas veces me quedo a mitad del camino, duermo en cualquier punto kilométrico y regreso a Málaga con las luces de la resaca; de modo que creo que Felipe debe sentir un cierto reparo cuando recibe un mensaje mío en el teléfono porque tampoco me atrevo a llamarlo directamente para indicarle que otra vez me ha vuelto a suceder y que allí estoy.

Poco a poco descubrí secretos del pueblo de Felipe, y secretos de Felipe que jamás confesaré a no ser que alguien me pague lo suficiente, por supuesto; pero los cotilleos literarios no cotizan en los camerinos del *talk show*, con lo cual me llevaré el mundo privado de mi novelista favorito conmigo hasta que se me suelte la boca por alguna de esas barras de bar.

Rota puede ser Macondo si se sabe mirar. El don de la mirada es el primer, a veces insalvable, obstáculo que el aprendiz de artista tiene que superar y aprender a superar en cada obra. Felipe vive en Rota porque se encuentra allí a gusto y porque le supone la misma comodidad que al buscador de oro despertarse junto al río. En efecto, aquellas calles le escriben por delante una serie de historias más o menos cifradas que Felipe recompone como un mosaico. La vida no está fuera de uno mismo y una magnífica novela puede partir del hecho de que alguien se dirija a la vendimia de Francia y termine en la cárcel de Melilla. Como uno puede conocer a una chica en Málaga durante las cervezas del medio día y amanecer en un aparcamiento de Rota o así. Tampoco es tan raro.

*El mundo, en definitiva, como voluntad y representación: la representación de una pantomima ajena casi siempre a la voluntad, o por ahí. (p.100)*

Esta segunda cita nos encauza, en mi opinión, hacia la poética general de Felipe. Por centrarnos en la obra en prosa, la mayoría de sus personajes reciben una insinuación de la vida que sonrío desde el fondo de la barra vestida de primera *vedette* con un tono subido de promesas en el rojo de sus labios, pero cuando se acercan hacia ella suelen resbalar en el vómito que por allí dejó un borracho. Felipe no tiene la mala idea de Quevedo con su hijos, ni los devora, ni los martiriza. Felipe entra en ellos y habla como su voz para que ellos mismos nos cuenten sin lamentos sus propios deseos ascensión y cómo un exceso de realidad los termina montando en la escalera mecánica que conduce directa desde la sala VIP del aeropuerto, hasta la esquina del polígono industrial más cercano donde ni pasan autobuses, ni ya ladran los perros. Ajena casi siempre a la realidad, la vida, pero qué fugaz y qué maravillosa hija de puta a un mismo tiempo.

*A veces, la búsqueda del equilibrio exige el trámite de un desequilibrio. (p. 114)*

Cada mago usa trucos que nunca confiesa, sin embargo, Felipe es tan buen creador de artificios en prosa que los declara. Los personajes de Felipe que a mí me gustan, siempre hablo de mi Parnaso personal, son capaces de buscar una caída más profunda tras la que parecía una estocada de gracia. Un patadón inconformista a todo lo que está por delante que nunca redime, como al Cid, de sus pecados y ofensas, sino que el acto de rebeldía invoca un destino invisible que anda las aceras por Rota, o por Macondo o por Melilla o por Cádiz, que dobllega la voluntad, aterida ante tanta pantomima y devuelve el desequilibrio a su condición precisa de desequilibrio desnudo de toda grandeza y, por supuesto de cualquier heroísmo.